Discurso pronunciado en la festividad del centenario del Baron de Humboldt,

celebrado por la Sociedad de Geografía y Estadística.

SEÑORES:

EN la fiesta secular que hoy se inaugura, manifestaré, en pocas palabras, lo que se me alcanza acerca de la influencia que la geografía de la nacion mexicana reconoce á los inmortales trabajos de Humboldt. La Sociedad, que con ese objeto me ha concedido el alto honor de ocupar esta tribuna, no me ha escogido, en verdad, como el más digno intérprete de su sabiduría, sino ántes bien, segun comprendo, desea contemplar vivamente reflejado su entusiasmo por los hombres ménos favorecidos por la ciencia; yo no vengo, pues, á tomar la medida de la gloria, sino á ofrecerle incienso.

¿Qué clase de revelaciones sobre la Nueva España escuchaba de la geografía el impaciente siglo XVIII? Fué Hernando Cortés el primero que en sus cartas á Cárlos V, y no desconociendo los planos aztecas, ensayó describir la tierra que empapada en sangre abandonaba sin piedad al incendio; marcó indeleblemente con su espada ciudades, montes y rios; y turbó las aguas del Pacífico; y, con la balanza del botin, valorizó y distribuyó el oro, la plata, las piedras preciosas,

las riquezas fabulosas de las naciones conquistadas: otros soldados lo imitaron.

No tardó el clero en monopolizar esa fecunda tarea. Las necesidades de la conquista espiritual eran más exigentes en conocimientos científicos que la aventurera codicia de los guerreros; se aprendieron los idiomas para imponer dogmas, leyes y costumbres á los vencidos; se estudió la religion nacional para traducirla al cristianismo; se adoptaron las plantas medicinales y las alimenticias que suplian la esacasez en los envíos de Europa; agotados los metales preciosos en las arcas públicas y particulares de los aztecas, se buscaron en las minas; se trazaron caminos y se levantaron fortalezas; y el imperio de Moctezuma apareció distribuido en colonias militares y eclesiásticas.

Una tercera entidad, la autoridad civil, por medio de los ayuntamientos, de los tribunales y de las oficinas de hacienda, se sobrepone, se dilata, y por el camino de sus exigencias dirige con mayor acierto sus estudios geográficos y estadísticos.

Otras personas, otras corporaciones, entretanto, no con la independencia de la sabiduría, sino obsequiando los deseos de la autoridad, no han cesado de contribuir con sus luces á la perfeccion científica de que el sistema colonial fué susceptible; así figuran los marineros, los arquitectos, los ingenieros de minas y los médicos: en muy pocos de ellos se descubre, fuera de la práctica de una profesion, el noble arrojo de ensancharle sus horizontes para dominarlos en alas de la fama. Algunas corporaciones, en informes bien meditados, no cuidaban sino de salvar sus intereses amenazados por las garras del fisco.

Existieron, no hay que desconocerlo, algunas obras inspiradas por el noble y puro amor á la ciencia; pero ellas no eran sino la recopilacion de los trabajos indicados; representaban las maravillas de la naturaleza y los fenómenos sociales, como habian sido vistos por el conquistador, por el misionero, por el alcalde, por el minero, por el comerciante y por el piloto. Al-

cedo es bastante para atestiguarlo; á fines del siglo pasado publicó su Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales. En ese monumento respetable no llegan á 150 los lugares inscritos con su longitud y latitud; apénas llenarán ese número las plantas descritas conforme al sistema de Lineo, comprendiendo entre ellas las sustancias vegetales que se han popularizado en el comercio; se contienen relaciones de los emperadores aztecas, de los vireyes y de los obispos y arzobispos; se aventura el número de indios, españoles y razas cruzadas; se habla por mayor de vegetales, animales, montes y rios; y el autor es sobrio en la narracion de leyendas y milagros.

La obra de Alcedo no es la enciclopedia de América en el siglo pasado, pero contiene la mitad de los conocimientos españoles sobre el Nuevo Mundo. Así en las colonias como en Europa, genios privilegiados se empeñaban en aplicar algunos de los principios que nacian á un país donde la inquisicion y el despotismo dominaban; en las colonias, el temor se opone á las más inocentes tentativas; en Europa las hipótesis se extravian por faltarles la luz de la experiencia. El continente que lleva tres siglos de haber sido descubierto por Colon; el continente repoblado por europeos; el continente distribuido por el Papa y explicado y cantado por los sabios y por los poetas, tenia, al mismo tiempo, todos los caracteres de la realidad y del misterio. ¿Quién podia negar su existencia? Pero vagaba sobre los mares entre diversos meridianos; pero inspiraba leyendas absurdas que trastornaban todas las ciencias; pero no ofrecia un porvenir sino á los corsarios y á los sacerdotes, contrabandistas de los bienes materiales y de las ideas; pero miéntras la libertad algun dia le entregase á la ciencia y al comercio, la Europa necesitaba completar su regenerador sistema del mundo. Entónces fué cuando Humboldt osó presentarse sobre estos valles, entre estas montañas, en nombre del progreso, para alcanzar la gloria de decir el primero: *esta es la América.*

Humboldt ha tenido imitadores, pero no modelos. El pa-

dre de la historia antigua, ántes de conducir en los juegos olímpicos la grandeza y hermosura de las naciones asiáticas y africanas para humillarlas á los piés de la Grecia, habia bebido, es verdad, las aguas del Eurotas y del Nilo, pintaba admirablemente lo que habia contemplado; pero no reproducia los siglos remotos sino en las monstruosas leyendas que le confiaron los sacerdotes egipcios en los templos de Tébas y de Ménfis. Tácito discutia, pero le faltaba un terreno variado y los ojos admirables de las ciencias modernas. Otros recientemente ensayaban viajes instructivos; pero el Nuevo Mundo les cerraba las puertas. Hubo en la antigüedad un Quezalcohuatl que reveló á los tultecas las artes y la astronomía; pero si esa leyenda de una época puede encarnarse en un extranjero para darle un nombre, ella no nos conserva sino la superioridad de su civilizacion, y de ningun modo una mision especial de regeneracion y de enseñanza. La majestad de Humboldt representa simultáneamente una persona y un siglo.

¡El siglo! El dogma y la teoría engendran la primera civilizacion de los pueblos; por eso esa prole divina tiende á perderse entre las nubes, se envuelve con el manto del íris y rivaliza en sus cantares con las musas. El siglo XVIII tuvo la audacia de desposarse con otra sabiduría sin alas, sin lira y sin velo; ¡la madre que destinó á la revolucion y al progreso se llama modestamente la experiencia! El observador volvió á la alquimia, á la nigromancia de la Edad Média, pero declaró inútil al diablo. Confiando sus audaces tentativas en sólo sus sentidos, se consagró á perfeccionarlos. Aceptó los instrumentos felices que otros siglos habian inventado, y discurrió nuevos y numerosos mecanismos. La brújula, que le enseñaba el rumbo en la navegación, le conduce con sus inclinaciones y declinaciones hasta la fuente de esas cascadas de colores que inagotables se desprenden de los polos. El ámbar, jugando con los átomos que se le acercan, le revela que el rayo es vulnerable. La luz abandona su guirnalda á las audaces persecuciones del prisma. El mercurio refleja los caprichos del

calórico; y buscando la guarida de las tempestades, descubre las mareas atmosféricas, rivalizando eternamente con las del Océano. Uno de los sentidos del hombre alcanza á perfeccionarse: con el microscopio goza de lo infinito en lo pequeño; con el telescopio se levanta hasta los astros. ¡Así la humanidad se trasforma!

Nuevos conocimientos, inesperadas invenciones, improvisadas necesidades, agitan á la sociedad como al individuo. La formacion del mundo entre los desiertos asiáticos y africanos se concibe consumada en seis dias. Pero el mundo de Colon, Magallanes y la Pérouse; el mundo anterior de los elefantes, rinocerontes y panteras; el mundo más remoto de los cocodrilos y de las tortugas; el mundo de los helechos gigantescos á cuya sombra dejaron sus primeras huellas las aves, y el mundo de los pólipos primitivos; esta sola epidérmis de la corteza que nos encubre una esfera comparada vulgarmente á una naranja; esta leve película que es lo único estudiado y conocido por los sabios, ha necesitado millares de siglos y centenares de épocas para alcanzar las formas que cautiva nuestra sorpresa. De aquí nacieron dos ciencias; la que reanima los fósiles de plantas y animales perdidos, y la que conserva la dinastía de los cataclismos que precedieron á los últimos diluvios.

Presto la electricidad se ofrece á conducir en un relámpago domesticado la palabra y el pensamiento de los hombres; la luz rivaliza con los Rafaeles y Ticianos; el vapor agita sus alas, y el hombre emancipado no reserva la esclavitud sino para las fuerzas de la naturaleza bruta. La sociedad, al mismo tiempo por medio de la economía política somete al cálculo los gastos y los productos de sus más respetables instituciones.

Para la Europa así civilizada era una mengua no conocer sino por las indiscreciones del contrabando las maravillas de un vasto continente. El progreso necesitaba un Colon, y ese fué Humboldt.

El ilustre prusiano, jóven, robusto, audaz, habia sido el constante compañero de aquellos descubridores que en el siglo pasado enriquecieron á la humanidad con tantos tesoros

de ciencia, y presentia que el destino lo reservaba para ser uno de los astros que alumbraran hasta donde alcance la gloria del siglo XIX. El conquistador, el misionero de la filosofía no trajo á la América más que una preocupacion: observar á la naturaleza.

Sorprendió las corrientes y tempestades en nuestros mares, y les confió para el porvenir la conduccion de los buques; desde las costas hasta las cumbres nevadas distribuyó las plantas por zonas; describrió la region de las nubes perpétuas, adonde no llegan las fiebres ni los mónstruos de los valles inferiores, y donde anidan las aves, las mariposas, las flores, los perfumes, los deseos voluptuosos y las sonrisas de la hermosura; y encumbrándose más, descubrió extasiado la imágen de la antigua Europa.

México será siempre el primer teatro de su fama; no podia ofrecerle el nuevo continente otro igual en clase de magnífica escena. Entre millares de cadáveres volcánicos, el Jorullo nace, el Popocatepetl duerme, y el gigante de Colima, en las miradas de su agonía, no descubre sino la destrucción y el espanto. Los séres antidiluvianos entre las barrancas se asoman pidiendo su resurrección á la ciencia. Los metales preciosos sonrien entre las peñas; y del mármol se desprenden impacientes las futuras estatuas de los héroes y de los dioses. Los vegetales y los animales se agrupan en torno del nuevo Adan para que les imponga el nuevo nombre con que deben salir de su forzado y oscuro paraíso. Las naciones primitivas murmuran su idioma confiando sus recuerdos al eco habitador de los antiguos monumentos. Y, lo que parece increible, las mismas autoridades españolas ponian en manos de Humboldt todas las noticias con que debia formarse el proceso del régimen colonial.

El ejemplo, las conversaciones, los escritos del sabio pusieron de tal suerte en fermentacion la inteligencia del pueblo mexicano, que la impulsion regeneradora se conserva todavía y desde aquella época se puede asegurar que la nacion entera Humboldiza.

Las clases no favorecidas por la instruccion, que á veces pegan su imágen fotográfica sobre las curules del Congreso, se complacieron, al emanciparse, en hacerse representar por los modelos del patriotismo, por las lumbreras de la ciencia. Estas notabilidades que administraban entónces los negocios públicos, otorgaron á los libros de Humboldt un carácter verdaderamente sibilino. El oráculo habia revelado que el sistema colonial era ruinoso; que las clases privilegiadas eran incompatibles con la industria, la agricultura y el comercio, y que la libertad era la esperanza del mundo; y nuestros padres decretaron la independencia y descargaron los primeros golpes, de cuyas cicatrices no se curarán jamás los hombres de la espada y del incensario.

Los variados conocimientos de la humanidad no son sino las fases de un nuevo prisma; las ciencias y las instituciones por diversos puntos se tocan y mútuamente se completan; por eso los trabajos de Humboldt, llegados á tanta altura, no pudieron sostenerse sin ensancharles la base de la más sólida geografía. No descorreré aquí los planos, ni recordaré las clasificaciones, ni expondré á la admiracion las vivas pinturas con que Humboldt ha enriquecido la geografía en todas su aplicaciones; ni ¿para qué enumerar tantos escritores que de léjos le han seguido? Yo presento á esta misma Sociedad, como el más elocuente testimonio de tan poderosa influencia: todas las opiniones, todos los intereses hace años que fraternalmente concurren aquí para coronar el edificio que Humboldt les ha trazado, levantándolo más arriba de los cimientos; así la geografía nacional tiene un templo y un altar donde recibir inspiraciones y rendir los más puros homenajes.

Pero yo me haria cómplice de la ingratitud americana representada en el Paraguay, si descendiese de esta tribuna sin expresar un voto porque la memoria de Bompland obtenga al fin una reparacion solemne del entusiasmo y de la munificencia de los mexicanos; el compañero de Humboldt no merece el olvido á que se le condena. Eran dos sabios los que á principios de este siglo demandaban á los astros los círculos

de la esfera que debia contener los límites de la Nueva España; los dos recorrian nuestros bosques para engalanar la ciencia; los dos, con el termómetro y el barómetro, median las alturas y se anticipaban á los caprichos del calor y de la atmósfera; los dos contemplaron la nieve del Popocatepetl; los dos escucharon las revelaciones de los monumentos aztecas; los dos regresaron á la Europa fatigados con los tesoros de un mundo todavía medio desprendido de las tinieblas, y los dos deben ser inseparables en este apoteosis. Si la sombra de Humboldt nos contempla, la de Bompland la acompaña.

14 de Setiembre de 1869.

DISCURSO SOBRE LA POESÍA ERÓTICA DE LOS GRIEGOS

Leido en el Liceo Hidalgo.

ESCUCHAD con benevolencia, señores, las humildes palabras de un pagano sobre la poesía erótica de los griegos: ese pagano soy yo. Injustos seriais vosotros si os anticipaseis recibiéndome como un fanático ó como un intolerante; protesto que confundo en un mismo culto á los clásicos y á los románticos, cuando ellos asaltan el altar armados de su lira; y aun tengo una capilla reservada para los fetiches, entre los cuales modestamente me he colocado en medio de muchos amigos.

Pero mi admiracion por el Dante, por Petrarca, por Shakespeare, Lamartine y Víctor Hugo, y aun por los redactores de *La Voz de México*, no es bastante, lo confieso, para persuadirme que los griegos no llegaron al *idealismo* en sus composiciones amorosas. La Grecia entera no existe para nosotros sino en el mundo de ilusiones hasta donde ellos mismos se elevaron; su historia es un himno celebrando un apoteósis. Confundimos á sus héroes con los semidioses; á los legisladores con los oráculos; á los poetas con los inspirados; sus cortesanas eclipsan á las reinas; nos imaginamos al pueblo coronado de flores, y de laureles á los guerreros; sus estatuas y